

12 poemas de HERBOLARIO ÍNTIMO

PÁRAMO

Tréboles, geranios, sábila macho y hojas de higo
distorsionan ligeramente eso que es apacible.

Distintos modos de derramar angustia
sobre la hierba del páramo:
rípida, afinada y muy útil.

Una parte del mosaico verde y puntiagudo
de la vida que se enfrenta con fe,
enclavada en la altura de una ciudad.

Distintos modos de vivir en tu apacible casa,
acariciando la elevación espiritual de la hierba,
noble hábito de oler la oscuridad en el jardín.

De vez en cuando volar...
sobre el entramado verde y puntiagudo,
ser habitada por ramas lilas y escarcha blanca.

Otro modo de derramar angustia
y sembrar compasión,
a pesar de padecer en el páramo y vivir la vida real.

ORTIGA ALCALINA

Tengo un campo de ortigas cultivado sin devoción,
tan reluciente cuando el aire mueve sus ramas amargas
transformándolo en el reino
punzante del presentimiento.
Ser de esta tierra
con deseo de montañas telúricas
y campos de raíces que sacan la maldad.
Con palabras que aman a la muerte
desde su arco doloroso de opaca luz.
Sabemos de la agresividad de sus pelos urticantes
que aúllan cuando se frota la flor en la piel.
De la sustancia invisible que causa escozor
en las inseguridades y sobre los poros de los miedos.
Alcalina ortiga purgante
de malas palabras y odios ancestrales.
Líquido irritante para expurgar culpas
y purificar cuerpos enfermos y almas perdidas.
Quedan las ronchas cubriendo dermis y sangre,
ardiendo desde la raíz al corazón que presiente.
Toda tierra necesita un campo de ortigas.
Un imperio de plantas purificantes que impidan volverte malo.

ARUPO

Mantener el Arupo podado
con toda su incandescencia, dominando el jardín,
aun cuando no sea oscuro verano.

Un amor adictivo crece dentro de su corteza.
Ser cuerpo atado a tierra,
árbol que podrías ser tú misma
botando las hojas muertas y creciendo hacia adentro.
Conservar las flores incandescentes,
los brazos flexibles y torneados,
y el entusiasmo dominando el jardín.
Abrir las puertas de la noche
como un acto de desvelo infinito para Dios.

Es lo que aprendí caminando descalza debajo del Arupo.

HIEDRAS

En este tejido ciertas hojas crecen
con enormes puntas disonantes.
Hojas que chocan y pican la vista sobre el muro.

Ya se abre la flor otoñal de mi alma
susurra Else Lasker-Schuler,
una mujer que cultivó flores machos y hembras
como si hubieran sido maíz y calabaza.

Hay que dominar el arte de guiar la hiedra,
podar y extirpar, pero nunca dejar de sembrar
pimientos rojos y verdes que alimentan nuestra vista.

En mi jardín natal,

oscuros tejidos contactan a la noche,
quiebran mi alma bastante afectada
por las hojas en fuga de la hiedra.
Y sueño que estás soñando dentro de un mismo sueño,
donde nuestras hiedras se bifurcan al final del muro.

HELECHOS

Raspar una hoja larga y verdísima de helecho.
Raspar al tiempo con las uñas cuadradas.
Quitarle el brillo y los diminutos pelitos
que la arropan.
Raspar sus formas irregulares y permanentes.
Destruir la belleza del silencio,
pasarle las uñas al olvido,
pensando que envejeces dulcemente

ESCRITURA

Imagino que aún es posible empujar,
empujar hasta los límites del lenguaje,
chuparles el amor a las flores del mal,
versos negros como pistilos y ovarios de la sintaxis
que procrean el centro de esa hostil flor que es el poema.
Tengo un cuaderno rasgado, borroneado,
mil veces tachado, pero con imágenes completas,
brillantes, sugestivas metáforas –con el favor de Blake–.
Vivo de palabras infinitas al límite del poema
sobre las formas de ser flor

o el amor de una pareja que se mantiene unida,
y ama las flores hermafroditas
estambres de luz marina
que nos protegen de la planta del asco,
solo para escribir o para amar, sorprendidos
de continuar tomados de la mano,
caminando sobre la incertidumbre de un paisaje.

AYUNO

Mi cuerpo cubierto de brotes verdes
se acomoda a su octavo día de ayuno.

Agua disuelta en agua fresca
hidrata las islas de mis labios.

Alucino y creo volar sobre herbarios
y cajas abiertas de plantas medicinales
pugnando por bullir y no desmayar al sol.

Mi cuerpo etéreo,
mi lengua leve y en silencio.

La gata me mira entrar
en floración.

Mis contornos se amplían
hacia una razón más luminosa,
senos erizados cual flores de lino,
garganta sin maleza

y destilando buen olor.

Mi cuerpo no quiere mundo,
gata estudiando el yogur de su platito.

TEORÍA DEL TULIPÁN

Es mi flor, mojada y fragante, con todas sus aspas
abriendo el grosor brillante de la edad madura.

Bajo los ojos cínicos de los mismos hombres
-que, aunque te causen amadas sensaciones -
nunca dejarán de observarte con malicia y frialdad.

Mi flor insomne crece, abre cristales
y pensamientos rígidos
de quienes aún no logran comprender
la botánica femenina.

PLANTAS PATERNAS

Lo que has plantado aquí, querido padre,
lleva hacia una secuencia de ideas sobre el respeto.
Las cosas como son: el corazón de las lechugas es blando,
tan dulce que evoca tiempos de infancia juntos, los cinco,
tiempo crocante sentados todos a la mesa devorando sol.
El árbol de aguacate en su vehemencia

provoca que nos descalcemos,
-ese aguacate ha resistido heroico muchos traslados y cruces-
por suerte todos en el mismo terreno
donde diseñaste tu jardín,
pensando en un campo de fuerza
que nos contuviera en tiempos difíciles.
Por lo tanto, la idéntica humedad de la tierra
y el mismo tono de la pasión
nos mantienen unidos, arrojados a la confianza del níspero,
y la bondad de la albahaca que sana y fortalece los nervios.
Están las plantas de las macetas
—ardientes en el patio- sin meterse con nadie.
Y el rey del terreno: árbol de tomate que incita
a la memoria y vence la altura.

Más todos los de casa sabemos
que es el aura del capulí la fuente energética
que protege y sostiene el viejo hilo
de tu voz con misteriosa lealtad.

EDUCACIÓN EMOCIONAL

Ese temblor en las piernas,
pisando un camino traslúcido,
y los ojos perplejos luego de la juventud.

Mar frío y altas rocas.
Poco viento para lamentarse,
suficiente para encender fuego.

Sabemos que el deseo,
transcurre entre el miedo y ese temblor duradero,
destilando incertidumbre desde los dedos
y cierta transgresión del corazón.

Ese temblor es una escalera a los lugares
de tu afilada vida,
casi siempre estridente, al pisar un camino arriesgado.

Lo mismo, al empezar a escribir,
y quemarte con las vocales.

Trae tus ojos, esos con los que leíste en cuatro idiomas,
solo así podré hacer que el temblor sea duradero y joven,
y que la caída te trague suave
cual aguja delgadísima de cobre.

COLECTAR

Y así, las hojas perforadas, amarillas y marchitas,
cubren la hierba uniforme del jardín.
La noche cae vertical y el viento vence con su rigor
a todas las hojas del Cholán, los capulíes y la higuera.
Queda resonando la belleza de su caída,
entre silencio y tinieblas,
entre banalidad y fe ciega.
No angustiarse al caer otra noche de confinamiento,
escucho el latir acelerado de mi corazón.

Esto pasará -quiero creer- mientras el viento trabaja
con energía rápida y mesurada inteligencia.

La vida que me resta consiste en practicar el amor,
recoger las hojas perforadas de luz dichosa,
y hacer hogueras de purificación.

Este ejercicio de coleccionar hojas caídas,
pequeñas hojas sangrantes y podridas,
siempre al caer la noche, impiden que te llore,
que escuche el rumor inacabado de la belleza
en tiempos oscuros.

ORQUÍDEAS

Hierven sus flores complejas
en la memoria del agua fresca.
Imaginación simbólica.
De ovarios, hojas y belleza radicales,
saben bien dónde sangra la herida,
interpretar símbolos y
cuando el cuerpo se precipita a la noche.

Las orquídeas desnudas intoxican
crecen hacia el cortejo
-musas amazónicas-
que recomponen lo dictado antes
a Dante y Ajmátova, a Pizarnik y a Merini.
Estoy segura que poseen moléculas y neuronas
y que leen su propio cuerpo abierto,
igual que las mujeres cuando están embarazadas.
Las orquídeas se enfrentan al clima
y a la luna llena,

también yo a las palabras que pretenden
dejarme sin los versos y rezos que aprendí
por sobrevivencia.